

Menores, redes y poder

Cuando la libertad digital deja de ser inocente

JOSÉ ANTONIO CORDÓN

El anuncio del Gobierno español de seis medidas destinadas a proteger a los menores frente a los abusos de las plataformas digitales ha desencadenado una reacción airada y reveladora por parte de algunos de los grandes propietarios de esas mismas plataformas. Es un hecho significativo. Cuando quienes controlan los principales canales de comunicación global reaccionan con insultos, mensajes alarmistas o campañas masivas de presión, conviene detenerse y preguntarse qué intereses se sienten realmente amenazados.

La pregunta de fondo no es si debe existir regulación, sino por qué ha tardado tanto en llegar. Los riesgos asociados al uso intensivo de redes sociales por parte de niños y adolescentes están ampliamente documentados. Ansiedad, depresión, trastornos del sueño, adicción conductual, exposición a contenidos violentos o sexualizados, normalización del acoso y de la agresividad discursiva: la lista es extensa y respaldada por una literatura científica cada vez más sólida. A ello se suma la evidencia de que los sistemas algorítmicos tienden a amplificar los contenidos más extremos y polarizantes, porque son los que maximizan la atención y, con ella, la rentabilidad.

Como ha señalado Tim Wu, la economía contemporánea ha convertido cada resquicio de la atención humana en un recurso explotable. La red ya no se limita a facilitar la comunicación: coloniza el tiempo, las emociones y la experiencia, hasta el punto de que la vigilancia y la extracción de datos se han convertido en sus objetivos prioritarios. En el caso de los menores, esta lógica resulta especialmente problemática, porque se dirige a sujetos en formación, con menor capacidad crítica y mayor vulnerabilidad psicológica.

Jaron Lanier ha advertido, además, de que muchos diseños digitales no buscan el diálogo ni el entendimiento, sino la activación sistemática de la confrontación. El llamado «trol interior» no es un accidente del sistema, sino una de sus funciones más eficaces. La agresividad, el linchamiento simbólico y la cancelación se convierten en mecanismos ordinarios de interacción, generando una cultura de la sospecha, el miedo a disenter y la autocensura.

En este ecosistema, los menores no solo consumen contenidos: aprenden modelos de relación y de identidad. La ausencia de filtros eficaces y la ilusión de anonimato facilitan dinámicas de violencia simbólica que difícilmente serían toleradas en espacios presenciales. La red, como advertía Shoshana Zuboff, no solo observa: moldea conductas, anticipa respuestas y orienta decisiones, configurando lo que ha denominado capitalismo de vigilancia.

Frente a este panorama, la reacción de los grandes propietarios de plataformas



Ilustración: JOSEMARI ALEMÁN AMUNDARAIN

resulta, cuando menos, cinica. Resulta difícil aceptar lecciones sobre libertad por parte de quien ha sido detenido en Francia por cargos relacionados con blanqueo de capitales o complicidad en la difusión de material pedófilo, o de quien utiliza su red social como altavoz personal sin apenas moderación. La libertad de expresión no puede convertirse en un dogma abstracto que sirva para blindar prácticas empresariales irresponsables.

La comparación internacional refuerza la legitimidad de las medidas propuestas. Australia fue pionera en restringir el acceso de menores a redes sociales, y en apenas un mes bloqueó más de cuatro millones de cuentas. En Francia, la Asamblea Nacional ha aprobado una

ley que prohíbe el acceso a menores de 15 años. Dinamarca avanza en la misma dirección con un amplio consenso parlamentario. Reino Unido y Portugal ya han puesto en marcha iniciativas similares. España no es una excepción autoritaria, sino parte de una

tendencia regulatoria que reconoce un problema estructural.

El argumento del «Estado vigilado» se desmorona cuando se observa quién vigila realmente en la actualidad. No son los poderes públicos quienes registran cada interacción, cada preferencia y cada emoción expresada en línea, sino conglomerados privados cuyo modelo de negocio depende precisamente de esa vigilancia continua. Como advertía Maurizio Ferraris, las acciones sociales se inscriben hoy en soportes técnicos que generan realidad, pero esa realidad puede ser manipulada, reinterpretada o directamente falseada.

Parafraseando a Hannah Arendt, podemos afirmar que vivimos en un tiempo en el que la proliferación de la mentira no conduce a que se crean falsedades concretas, sino a que se pierda la confianza en cualquier verdad. Para los menores, esta erosión del criterio y de la evidencia es especialmente peligrosa. La posverdad no se impone solo por engaño, sino porque encuentra receptores dispuestos, o incapaces, de distinguir entre información, opinión y propaganda.

El episodio del mensaje masivo de Telegram ilustra de forma casi pedagógica el problema. Una niña de doce años recibe en su teléfono un mensaje alarmista, de alto contenido político, firmado por alguien que no conoce y sin mediación parental. No se trata de una hipótesis teórica, sino de un hecho concreto. ¿Es eso libertad digital o es una forma de intromisión que ningún otro sector toleraría?

Regular no equivale a censurar; del mismo modo que establecer límites de edad para el alcohol o la conducción no equivale a instaurar un régimen autoritario. Significa reconocer que no todos los espacios son neutros, que no todos los usuarios parten de la misma posición y que la protección de los menores es una responsabilidad colectiva, no un eslogan corporativo.

Tal vez el verdadero temor de algunos magnates no sea la censura, sino la pérdida de un terreno sin ley donde la atención infantil y juvenil se convierte en materia prima. Como escribió Calderón de la Barca, «no labres sin fundamento máquinas de vanidad». Las redes sociales, en su configuración actual, han levantado demasiadas de esas máquinas sobre cimientos frágiles. Corregirlas no es un ataque a la libertad, sino una condición mínima para que esta siga siendo algo más que una palabra vacía.

**El episodio del
mensaje masivo de
Telegram ilustra de
forma casi pedagógica
el problema**